

En este texto se nos describe cómo la comunidad de Juan ha llegado a experimentar que Jesús verdaderamente ha resucitado.

El sepulcro vacío

Juan nos dice que era "el primer día de la semana, al amanecer, cuando estaba aún oscuro". La oscuridad, la noche, las tinieblas son imágenes muy utilizadas por Juan para describir la situación de quienes viven sin Dios.

Aquella comunidad cristiana, representada por María Magdalena, Pedro y el discípulo preferido de Jesús, vive sin darse cuenta de que Cristo ha resucitado.

Sin embargo, no se conforman con la situación y quieren salir de ella.

Es María Magdalena, la mujer que tanto amaba a Jesús por lo que Él había hecho por ella, la primera en quien se despierta el deseo de encontrarse con el Señor. Va a ver el sepulcro "al amanecer", mostrando así la clara voluntad de abandonar la noche, el sin sentido, para encontrar el día, la luz, el sentido...

María encuentra el sepulcro vacío y va a decírselo a Pedro y al discípulo preferido. Ambos se ponen en camino, y es Juan el primero que cree.

El amor de María, la lentitud y constancia de Pedro, la intuición de Juan... diferentes caracteres y modos de buscar el Señor, ayudándose mutuamente a encontrarlo.

Así debe ser toda comunidad cristiana: diversidad que enriquece y ayuda a caminar en la continua búsqueda y vivencia del Resucitado.

Llama a María

Magdalena llora porque ama profundamente al Señor. En esta situación de dolor, Jesús se le acerca y se interesa por lo que está viviendo: "¿Por qué lloras, mujer? ¿A quién buscas?".

Es la misma pregunta que hizo a aquellos dos discípulos que se fueron tras de Él: "¿Qué buscáis?" (Juan 1, 38).

Y, en el momento en que Jesús llama a María por su nombre, ella lo reconoce como "Señor mío".

Jesús se hace presente en la realidad que está viviendo María como también se hace presente en la que nosotros vivimos día a día. Es ahí donde Jesús se nos acerca y nos pregunta: "¿Qué buscáis?".

A veces quisiéramos encontrarlo allí donde Él no está, infravalorando nuestra situación concreta de cada día.

El único milagro que deberíamos pedir es el de saberlo reconocer en la vida cotidiana y gozar alegrándonos inmensamente de su presencia. Así podríamos comunicar a los demás que también nosotros "hemos visto al Señor y nos ha dicho esto y esto".